



Levedad, gravedad y caída

OS LEONARDO IGLESIAS

La imagen de la vertical es algo presente de manera constante en la vida humana. Al sol se le mira de abajo hacia arriba, la planta crece en la misma orientación; y a partir de ahí se genera la concepción de una realidad que va en dirección ascendente y aspira a lo infinito del espacio celeste.

La existencia de las plantas muestra que hay algo oculto bajo la superficie de las cosas y algo aparente que orienta hacia lo superior; lo primero fija al lugar y lo último conduce a elevarse. En la vida de las plantas, la tierra proporciona agua y sales, la luz solar interviene en los procesos fotosintéticos, y al final en la fase oscura se fija el dióxido de carbono y se generan hidratos de carbono. Mientras lo primero mantiene la continuidad de la materia, lo último conduce a la aparición de la vida, en una forma exuberante de existencia. En esta condición, la vida de las plantas es posible en tanto progresa contra la gravedad.

Las plantas viven la tensión: hay una fuerza que las conduce hacia el sol y otra que las fija a la tierra. Este proceso es inseparable de la imagen de la vertical, que incluye la idea de ir contra la gravedad, de oponerse a la fuerza más elemental del planeta. En la vida humana, esto es contemplado en la aviación y los viajes interplanetarios, en los que se vence la fuerza de la gravedad y se arriba a una realidad en la que los cuerpos son leves. Se genera así la *levedad de la vida*, como si buscara desprenderse de la materia.

La orientación de la planta hacia arriba es guiada por la luz solar. Esto es, huyendo de la oscuridad se va en búsqueda de la luminosidad, lo distinguible a la visión, que en la vida humana corresponde a la conciencia y al intelecto. Debajo de la superficie de la realidad está lo oculto, en lo que la raíz construye vasos comunicantes con la tierra, la penetra y se introduce entre los intersticios para fijarse y mantenerse en su sitio y al mismo tiempo la abre para favorecer el dinamismo y hacerla accesible a la penetración del agua.

La idea de la vertical se asocia también a la figura de la montaña, como algo que se yergue sobre la superficie terrestre venciendo la gravedad y elevándose de manera pesada, a paso muy lento pero consistente. Es parte inseparable del paisaje y en su majestuosidad contiene las altas cimas que tienden a lo etéreo, la claridad de la luz y la levedad del aire. Dentro del paisaje mismo se hallan ahora los rascacielos, las construcciones que retan a la gravedad y se elevan hasta alturas cada vez mayores. Como parte del proceso, el infinito se convierte así en el símbolo de la cultura de Occidente: algo no acabado, sin límites, que busca la eternidad.

También, la verticalidad es parte sustantiva del proceso de *hominización*, lo cual igual exige un esfuerzo importante por mantenerse erguido en función de la bipedestación. Esta postura traslada el centro de gravedad a la columna vertebral asentada en la pelvis, lo que conduce a la posición vertical del hombre. Igual, el hombre se yergue sobre la realidad, genera la propia y la impone al resto del planeta. Ahora aparece una tensión, entre una fuerza que lo fija a la tierra y otra que lo separa de la misma, una que lo hace habitante de un trozo de la superficie terrestre y otra que adopta al planeta como lo heredado por la especie: es la tensión entre la individualidad y la humanidad. Asimismo, la verticalidad se asocia a la mano prensil, el lenguaje y el pensamiento, lo que coloca al hombre presto a la acción y listo para el ataque, con la pretensión constante de construir la realidad de acuerdo con su propia conformación, a la medida de su deseo.

En la dimensión evolutiva, el hombre ha ido de lo animal a lo humano, de lo inconsciente a lo consciente, de lo salvaje a lo civilizado, de lo instintivo a lo intelectual y de lo natural a lo cultural. Esto es, se ha

colocado entre dos extremos de la realidad sufriendo la tensión que genera la oposición entre los mismos. Dicha tensión lo coloca en una lucha constante por mantener la posición alcanzada, por no caer en las posturas primitivas o elementales. Mientras por otro lado, hay procesos de deterioro de la realidad cultural que invitan a regresar a pautas de épocas anteriores.

La vertical simboliza el *impulso de ascensión* que conduce a la *espiritualización*, como algo que distingue a la especie humana de las demás. Por la vertical se adquiere altura sobre el nivel medio, lo que recuerda a la *telencefalización* como el proceso por el cual el sistema neural, teniendo origen en la placa dorsal, sigue un avance hacia adelante y arriba del embrión para conformar el cerebro en el polo cefálico.

En relación con lo anterior, el árbol evoca el simbolismo de la verticalidad y ésta a su vez de la altura asociada al ascenso. El árbol representa los niveles del cosmos: el inferior, profundo, ctónico o infernal; el central, terrestre, superficial, de apariencia; y el alto, superior, celestial, espiritual. El árbol une las tres regiones y se convierte en un aparato integrador que permite la interconexión de las partes, cuyo eje va del centro de la tierra al infinito para conformar la unidad. Igual, el árbol representa el eje del mundo, pues sigue una línea que va del centro de la tierra al infinito.

A su vez, en el cruce de líneas de la cruz está la conjunción y lo que se denomina la inversión simbólica, de acuerdo con el camino que se tome, ya sea hacia abajo o hacia arriba del centro. Y, en la dimensión humana, el sentido de la crucifixión hace referencia al sufrimiento generado en la contradicción y la ambivalencia. La cruz sitúa al hombre entre la tierra y el cielo, en lo que el madero horizontal representa el principio pasivo y el vertical, el activo, que corresponde a la trascendencia y la espiritualidad. En consecuencia, simbólicamente la cruz y el árbol son el eje del mundo.

La determinación más general de la cruz... es la de conjunción de contrarios: lo positivo (vertical) y lo negativo (horizontal), lo superior y lo inferior, la vida y la muerte. En sentido ideal y simbólico estar crucificado es vivir la esencia del antagonismo base que constituye la existencia, del dolor agónico, su cruce de posibilidades, de imposibilidades, de construcción y destrucción. (Cirlot, 1979: 155-156)



La cruz es símbolo de la *conjunción de contrarios*, en cuyo centro se ubica la voluntad humana de ir en tal o cual orientación de la existencia. Mientras el *instinto* llama al amor a la tierra, en todo lo que es realizable; el *espíritu*, a la elevación y extensión a partir de la aplicación de la fuerza para construir la realidad cultural. Sin embargo, la cultura occidental los presenta como opuestos y en lucha constante, de tal manera que el humano aparece como un ser deformado y sin instintos. La espiritualidad que se le ofrece tiene una conformación sobrenatural, de una naturaleza diferente a la humana, por lo que no es alcanzable sino a costa de renunciar a la esencia propia como entidad viva. Ahí reside la contraposición entre una y otra faceta de la vida contemporánea.

LA CONDICIÓN HUMANA

En la condición humana la tensión se genera entre lo *instintual* (lo que se rige por las pautas de la especie heredadas del proceso evolutivo, que se sustentan en una dinámica interior que conduce a apropiarse del mundo objetivo y lograr la sobrevivencia) y lo *espiritual* (que es el proceso de objetivación de la interioridad, sujeto a normas, principios y valoraciones para dar



LA TENSIÓN ENTRE LO ESPIRITUAL Y LO ANIMAL DEL HOMBRE HACE SURGIR LA TENTACIÓN COMO AQUELLO QUE INSTIGA O INDUCE A ADOPTAR UNA ACTITUD O CAMINO DISTINTO AL QUE EL INDIVIDUO SEGUÍA; IMPLICA, POR TANTO, SACARLO DEL SITIO QUE OCUPABA O MODIFICAR LA ORIENTACIÓN QUE TENÍA.

origen a la realidad cultural, como algo específicamente humano). Se generan en este proceso un sinnúmero de posibilidades de combinación de ambos rasgos, yendo hasta los extremos de cultivar la “espiritualidad” negando lo instintual de la realidad humana; hasta lo inverso, negar la espiritualidad y dedicar la existencia a la

satisfacción impulsiva de las necesidades.

El individuo ordinario es débil para lograr la espiritualidad plena y cursa su vida haciendo esfuerzos por no caer en lo instintual, lo que le resta energía que potencialmente estaría disponible para los logros de la cultura. Esto significa que la lucha consigo mismo no es inocua y se traduce en desgaste y mediocridad.

Frecuentemente, la concepción de la vertical toma la forma de fantasía que anima al humano a la búsqueda de lo sublime, a lo que es grato a lo espiritual; y se tuerce al influjo de una concepción de la espiritualidad que niega la vida, el cuerpo, el sexo y el instinto. Lo anterior se aprecia en la infancia, cuando la vida no tiene tanto peso y el ascenso se logra por el camino de la fantasía. Es la fantasía infantil de subir al cielo, lo que está arriba en el azul, por medio de una escalera o dos si es necesario, en lo que la escalera en su ascenso es símbolo del esfuerzo requerido para elevarse.

En la dimensión simbólica, lo espiritual llama al hombre hacia la vertical, mientras hacia abajo, en lo horizontal, se encuentra con lo animal. Lo espiritual es

simbólicamente lo claro, lo luminoso, lo etéreo, lo que se ha despojado de la materia. En consecuencia, ahí se ubica el alma, Dios y la virtud, es lo celeste. Mientras, lo biológico es lo oscuro, lo oculto, lo material, lo que es origen de pecado y maldad.

Mantenerse en la vertical requiere fuerza, lo que se expresa como resistencia a las influencias de la realidad en que se vive y permite mantenerse en el propio sitio, conservar la postura, la integridad y la propia pauta de existencia. El individuo que no tiene fuerza para resistirse ante la realidad, sucumbe y cae presa de situaciones que por su propia dinámica conducen su existencia por otras vías, en las que es un objeto expuesto a los vaivenes de la realidad.

En la expresión gráfica de la personalidad, la vertical contiene una parte superior y otra inferior, que las limita la horizontal de la vida humana; la que se despliega entre el pasado y el futuro, con líneas de ascenso y descenso. En el centro se halla la intersección, el cruce de lo vertical y lo horizontal donde se ubica al ego individual que hace esfuerzos para dirimir el conflicto entre las tendencias y conduce a obrar sobre la realidad para moldearla de acuerdo con la voluntad humana o tolerar el infortunio cuando aparece.

La tensión entre lo espiritual y lo animal del hombre hace surgir la *tentación* como aquello que instiga o induce a adoptar una actitud o camino distinto al que el individuo seguía; implica, por tanto, sacarlo del sitio que ocupaba o modificar la orientación que tenía. Así, la tentación es una influencia de la realidad individual, que induce a modificar el curso de la existencia. Sin embargo, ceder a la tentación y vencer una resistencia no siempre conduce a la caída, pues hay múltiples circunstancias en las que el hombre se resiste a abrirse a la llamada del destino y seguir su propia vía; y hasta



que hace caso de la señal interior logra destrabar su impulso oculto, para dar otra dirección a su existencia.

El habla es la voz de la conciencia, por lo que simbólicamente la tentación habla al oído izquierdo, y la resistencia a la caída, al derecho. Mientras la resistencia es la vía recta para mantener un modo de existencia sujeto a pautas claras y estrictas, ceder a la tentación es la vía siniestra de la existencia, en la que se abre camino a lo nuevo, que en ocasiones toma la forma de lo malo.

La *angustia* surge ante el temor a caer bajo el influjo del impulso, al que la conciencia moral le ha negado expresión, y es indicadora de que el individuo se halla sujeto a una tentación. Se expresa como vértigo, como el movimiento con pérdida de la base de sustentación psíquica; o como desmayo, cuando el individuo ha sido tocado por el impulso y se lanza contra la prohibición. En el desmayo, la caída coloca al individuo yacente sobre la superficie, la gravedad ha vencido y el individuo ha perdido la fuerza que lo hacía resistirse a la presión de la interioridad, al impulso que coloca al individuo en el mundo.

LA LEVEDAD Y LA GRAVEDAD

La *levedad* del ascenso pertenece a lo espiritual, lo que se ha despojado de lo que lo ataba a la materialidad, mientras la caída tiene origen en la gravedad, que recae sobre la totalidad de la personalidad. En la concepción teológica, lo espiritual se halla libre de la influencia del cuerpo, por lo que aparece contrapuesto a la vida. En consecuencia, la vida por definición pertenece al acá de la existencia humana. Por su parte, el más allá metafísico es una construcción conceptual de naturaleza abstracta, que por definición *es; no existe*.

La idea de la Ascensión de Jesús y María significa que ellos no pertenecen al mundo del humano, pues no tienen caída y permanecen siempre en lo etéreo, en el mundo divino. La levedad los condujo al más allá, sin alguna fuerza que los hiciera caer por su gravedad, por lo que se puede afirmar que la caída es propia del hombre, no sólo materialmente sino también espiritualmente. Ya en la cultura de la Grecia Clásica, el hombre es mortal mientras los dioses son inmortales.

Se dice que la esencia de la cultura es lo espiritual, pero la fuerza se adquiere del instinto. De otra manera,

la espiritualidad sin una fuerza que la sustente es sólo fantasía, metafísica en búsqueda de creyentes, los que por su mayoría darán peso y gravedad a lo afirmado en el consenso. La fantasía se halla cercana al impulso y de ahí obtiene la fuerza para lanzarse a lo infinito y lo absoluto, es el peso de la gravedad de la realidad que la hace aterrizar y la coloca en su justa dimensión. La idea de la *levedad* se halla presente cuando se contrasta el peso del intelecto y la fantasía, con el acto motriz y el lenguaje hablado. Los primeros elevan y vencen la gravedad en búsqueda de lo etéreo, mientras los últimos, en su concreción, adquieren el peso que les da la objetividad.

En la existencia humana individual, la elevación es conseguida por el logro de la *plenitud*, la cual es la tendencia expansiva que no excluye posibilidades vitales sino que las amplía sin límites. En relación con esto, lo *sublime* es la elevación extraordinaria, moral o intelectual. Lo que en la química corresponde a volatilizar un cuerpo sólido y concentrar los vapores. La sustancia pasa del estado sólido al gaseoso sin pasar por el estado líquido, se le quita el peso y asciende; figuradamente es como si la materia se transformara en algo etéreo, espiritual. En la sublimación como hecho de la personalidad, se ha orientado la fuerza del impulso hacia fines socialmente aceptables; se ha quitado peso al instinto original y, a cambio, se ha generado la nueva realidad cultural.

Todo cae por su propio peso, la gravedad lo atrae y lo coloca en un lugar. Y, en este tenor, la vida es un fuego fatuo, que apenas florece ya se encamina a la desaparición. Tiene una fase de ascenso brusco seguido de una caída que deja cada cosa en su sitio. La *caída* es lo oculto en el proceso de lo trágico, por lo que la realidad contiene el germen de la propia destrucción y lleva al fenómeno a sus principios: es el eterno retorno que deshace la realidad para volver a formularla. En dicho proceso oculto que destruye la realidad se halla la fuerza de la gravedad, que está presente y un día predominará sobre el resto; atrae hacia el centro y hace girar todo alrededor suyo.

A mayor fantasía, mayor desilusión; mientras grande sea el anhelo, grande será la pena. Lo que significa que hay que cuidarse de lo que se desea, todo tiene un costo que no siempre se puede pagar. Muchas pretensiones sobrepasan la capacidad de individuo

EL HOMBRE VENCE LA GRAVEDAD HACIENDO LA VIDA LEVE, OLVIDÁNDOSE DE LAS EXIGENCIAS MORALES QUE OBRAN CONTRA SU IMPULSO, QUITÁNDOLE PESO A LA EXIGENCIA CORPORAL Y AL PASADO, ELEVÁNDOSE SOBRE LOS PROBLEMAS ORDINARIOS DE LA VIDA O EXPONIÉNDOSE AL ANHELO DE UNA NUEVA REALIDAD.

y lo ponen en riesgo en tanto lo tientan a realizar hechos grandiosos, lo que termina en una condena. En contraposición, en el *vacío de la existencia* todo tiene el mismo peso, la realidad pierde valor y la pretensión de apropiarse del mundo queda sin la fuerza del impulso, lo que anula la posibilidad de desilusión. Así, la indiferencia ante el mundo es un buen antídoto contra la caída. En el vacío de la existencia, la vida es llana, libre de los extremos, por lo que en la elación y la indiferencia no se tiene necesidad de hacer el esfuerzo por elevarse ni resistirse a la caída.

El auténtico cultivo de lo cultural se halla distante de los beneficios o logros que se tengan. Como ejemplo, el arte es inútil, no sirve, pues lo que sirve pertenece a la economía, y el arte excluye todo beneficio; es parte del proceso de *generación de formas* como sustento de lo cultural. Es un “como sí”, que no es la realidad sino que la representa en otra dimensión. En consecuencia, reforzar lo consciente e intelectual y acudir a lo cultural para negar la materialidad, es parte del proceso economicista, en el que se busca realizar la existencia como logro.

El hombre vence la gravedad haciendo la vida leve, olvidándose de las exigencias morales que obran contra su impulso, quitándole peso a la exigencia corporal y al pasado, elevándose sobre los problemas ordinarios de la vida o exponiéndose al anhelo de una nueva realidad. De hecho, en la fantasía religiosa

se trata de dejar el lastre de la existencia terrenal para aspirar a la existencia en el más allá, libre del cuerpo y del pecado. Se ejemplifica lo anterior en la levitación de los santos o de las prácticas espiritistas. En la dimensión religiosa, adquirir la levedad es deshacerse del lastre que ata a la tierra, soltar el ancla que mantiene al buque atado al puerto, abandonar las sombras del pasado, dejar la tierra, la ciudad, la casa, la familia y la madre. Por tanto, una manera es deshacerse de lo que impide el movimiento, hacer distancia del pasado y separarse de lo conduce al apego.

En relación con lo anterior, la religión hace la vida grave, seria, pesada, al imponer exigencias que obran contra la pretensión humana de existencia, al quitar valor a la vida real e inventar una vida de fantasía. Una vez que se ha formulado la existencia en el más allá, la realidad humana queda mal parada, y por comparación aparece imperfecta y sujeta a múltiples exigencias. Ahí, la religión busca la pureza de la acción y el pensamiento, que en la búsqueda de la perfección exige suprimir toda mancha; y tanta exigencia se traduce en una lucha interior del individuo consigo mismo, en la que gran cantidad de energía es usada para mantener a raya los impulsos, anhelos, deseos y fantasías, lo que a su vez se traduce en desgaste, que el individuo siente como fatiga. Ahora todo se ha vuelto pesado, grave, sin alegría, aburrido; la vida se ha encaminado al hastío.

En su posición, ¿cómo hace el poeta para arribar a las cimas de lo sublime? Despojándose del peso de la racionalidad y quitando al lenguaje la exigencia de referirse a una realidad particular de acuerdo con la norma. El poeta convierte la realidad en símbolos que conforman figuras con las que expresa su interioridad; libre de la exigencia de la norma del lenguaje puede elevarse a las cimas de lo excelso, semejante a la manera como el místico se libera del cuerpo en la búsqueda de la espiritualidad.

El *ascenso por levedad* implica perder peso al despojarse del cuerpo, la materia, lo que equivale a la negación de la realidad como expresión intelectual del olvido de lo que sucede para no tener que soportarlo. En cambio, el *ascenso por el esfuerzo* implica la aplicación de la fuerza para escalar gradualmente y orientarse hacia la cima; es ir contra la corriente de caída que va

EL ASCENSO POR LEVEDAD IMPLICA PERDER PESO AL DESPOJARSE DEL CUERPO, LA MATERIA, LO QUE EQUIVALE A LA NEGACIÓN DE LA REALIDAD COMO EXPRESIÓN INTELECTIVA DEL OLVIDO DE LO QUE SUCEDE PARA NO TENER QUE SOPORTARLO.

hacia abajo, luchar contra una tendencia formulando un nuevo camino y venciendo los obstáculos que aparecen. Es vencer la resistencia que la realidad opone a la pretensión humana, obrar contra lo duro y lo que no se deja penetrar. En dicho camino está puesta la prueba: la fuerza, la resistencia, la tolerancia, la voluntad y el anhelo humano de altura, de estar sobre lo demás, de ver la realidad desde las altas cimas de la grandeza.

LA CAÍDA

Cae lo que tiene altura; en física es lo que ha requerido gran energía para llevarlo a una posición en la que venza la fuerza de gravedad. Ahí hay una tensión: entre la fuerza que sostiene en un sitio con energía potencial y la fuerza de gravedad opuesta. Al final, dicha energía potencial se manifiesta cayendo, como es el caso del agua que se precipita para generar electricidad. Lo que significa que la caída deja libre la energía acumulada, todo depende de la orientación que se le proporcione al proceso.

En el mito judío, los humanos fueron tentados a ser como dioses y cayeron, lo que trajo como consecuencia el exilio, la condena a vivir fuera de sí y el anhelo de regresar al origen. Sin embargo, dicho exilio los obligó a usar la propia fuerza como principio de realización de la vida. La Caída va precedida de un mandato y una prohibición a Adán y a Eva: “de todos los árboles del paraíso puedes comer, pero del árbol de la ciencia del bien y del mal no comas, porque el día que de él comieres, ciertamente morirás.” (Génesis. 2.16). Pero la serpiente fue portadora de la tentación y les dijo:

“No, no moriréis; es que sabe Dios que el día que de él comáis se os abrirán los ojos y seréis como Dios, concedores del bien y del mal.” (Génesis 3. 4,5). La tentación en cuestión era ser como dioses, para gozar de la inmortalidad, que es el mismo problema planteado en la mitología griega en la figura de Prometeo.

En la escena del Paraíso, la serpiente es un símbolo de fuerza original con múltiples valores. Al ser fuente de energía ofrece la inmortalidad, se identifica con lo terreno, lo inferior, lo femenino; al mudar de piel renueva su fuerza en una especie de resurrección que conduce a la inmortalidad. En el yoga, la *kundalini* o serpiente es una imagen de la fuerza interior que se halla enrollada en forma de anillo en la extremidad inferior de la columna vertebral. En las prácticas de espiritualización se despliega y se alza hasta llegar a la región frontal, lo que se concibe como el momento en que se tiene el sentido de eternidad. Figuradamente es la ascensión de la fuerza de la región del sexo a la cabeza, donde se ubica la espiritualidad.

Como contraste, lo que es real tiene una resistencia que precisa vencerse, ya se trate de una piedra, una manera de pensar, un hábito de la personalidad, etc. En el enamoramiento como ejemplo, el individuo ha dejado de ofrecer resistencia y se deja llevar por el anhelo y la fantasía, lo que lo conduce a una especie de fusión que lo mantiene estrechamente unido al otro, perdiendo así la individualidad. Enamorarse significa dejar de ser sí mismo, “vivir a medias”, pues la mitad de sí está con el otro, en el cual se ve de manera figurada. Así como la elevación es un proceso que lleva una dirección de abajo hacia arriba, venciendo el peso de la realidad, el enamoramiento, *to fall in love* implica una caída, quedando el individuo a merced de la fantasía, bajo el influjo del impulso.

Cuando el individuo sucumbe a la tentación, la *caída* es expresión de la gravedad que, como fuerza, coloca todo yacente sobre la superficie de la realidad, en donde se valora por lo que se tiene de horizontal, de contacto estricto con la realidad firme (la tierra firme). Se ha construido un rasero que todo lo iguala por lo bajo, mientras la espiritualidad tiende a igualar por lo alto.

La tensión prolongada entre lo espiritual y lo animal expresa una lucha de tendencias; simbólicamente el individuo se encuentra al borde del precipicio y ahí

cae o con un gran esfuerzo logra mantener su posición y quedar a salvo de tal influencia. Hay individuos que permanecen en riesgo constante, lo cual los provee de fortaleza y resistencia a caer, pero con gran inversión de energía, pues adoptan una posición con propiedad, se encuentran seguros en su sitio, lo buscan y les satisface, es lo que dicen querer, y en consecuencia, a eso orientan la existencia.

En la dinámica de la personalidad, la tensión es generada en la excitación proveniente de las motivaciones y necesidades del individuo; es una tensión que consume energía y lo coloca en una *actitud de contención* en la que hace esfuerzos por no sucumbir a dichas influencias. La contención es para no caer bajo el influjo del impulso, la necesidad o el sentimiento, para mantenerse en una postura ante la realidad. En la contención por la moral, se invierte fuerza que está presta a disolverse por la caída, al no resistirse a la tentación. En lo personal, la altura del individuo la proporciona la fuerza, que está dada por la posición de dominio en una realidad. Se cae en debilidad cuando dicha fuerza deja de expresarse y no se busca “más” y “mejor”.

Como expresión de la resistencia que evita la caída, el hombre elabora sistemas de seguridad que le conducen a lograr la sensación de que su sitio se halla libre de las influencias de la realidad. La mayor fuente de dicha sensación de seguridad es el refugio en la conciencia y lo intelectual, que en muchas ocasiones se expresa como una huida a lo cultural. En relación a lo anterior, Gustav Bally enfatiza: “El hombre resulta ser apátrida al evitar la naturaleza inmediata. Esta falta de patria constituye la miseria humana. El mundo humano no es una patria natural, es, por el contrario, una patria inmediata, creada por el hombre para su propia especie, carente de seguridad; y como todo lo creado por el hombre requiere una constante reforma, se ve amenazada y expuesta a un cambio eterno. Hemos trocado una seguridad paradisiaca en el esfuerzo por asegurarnos. En vez de llevar la naturaleza dentro de nuestro corazón, lo que llevamos es la nostalgia de ella.” (Bally, 1964: 91). En esta expresión se hace referencia al temor a caer que generan los cambios de la realidad y que se traducen en angustia, la cual es compensada con procedimientos para reasegurarse ante la realidad.

EN LOS EXTREMOS DEL ESTADO DE ÁNIMO SE HALLAN LA MANÍA Y LA DEPRESIÓN, LA ELEVACIÓN Y LA CAÍDA DEL AFECTO; DE LA EXALTACIÓN Y LA EUFORIA CON SENSACIÓN DE ENGRANDECIMIENTO DEL EGO, SE VA A LA APATÍA, LA CARENCIA DE IMPULSO Y LA PÉRDIDA DE SENTIDO DE LA EXISTENCIA.

El mito de Sísifo es expresión de la repetición al infinito del modelo del ascenso y la caída al vencerse la resistencia que permite soportar la tensión de estar en la cima. Esto es, estar en la altura requiere inversión de esfuerzo para mantener la posición, contiene el riesgo de caer, sintiendo el vértigo de la altura con posible ruptura del equilibrio y pérdida de la base de sustentación, de los procesos que proporcionan sensación de seguridad. Lo que equivale a la *vivencia de la angustia*. Dice Robert Graves que originalmente la piedra de Sísifo era un disco solar y la colina por la que rodaba era la bóveda celeste (Graves, 2004: 286-292). Se refería pues al ascenso espiritual al que aspira el humano para volver irremediablemente a caer. Es obrar constantemente contra la gravedad que coloca todo en su lugar y condena al hombre a repetir el acto sin fin.

En los extremos del estado de ánimo se hallan la manía y la depresión, la *elevación* y la *caída* del afecto; de la exaltación y la euforia con sensación de engrandecimiento del ego, se va a la apatía, la carencia de impulso y la pérdida de sentido de la existencia. En la primera el individuo niega la realidad y se coloca sobre ésta; en la última, ha tomado contacto con la realidad, ésta se le ha echado encima y ha entendido su pequeñez. La *elación* es un estado de excitación emotiva, de placer intenso, de exaltación, con ascenso del estado de ánimo, semejante a lo que sucede en la exuberancia del carnaval, para luego caer en estado de enclaustramiento en la Cuaresma.

Como se ha dicho, la religión hace la vida seria, le proporciona gravedad, lo que es opuesto a la actitud

lúdica ante la existencia. Johan Huizinga en su obra *Homo Ludens* dice que en toda conciencia moral la cuestión reside en saber “si es juego o cosa seria”. Lo que significa que en la actitud lúdica la vida no es seria, pero para jugar hay que hacerlo como si fuera seria. La seriedad de la vida surge de la negación del lado trágico de la existencia; como ejemplo, la negación de la muerte en la religión. De ahí porqué se inventa lo cómico. Como contraste, la aceptación del devenir coloca al humano en el flujo de la realidad, en lo que no hay necesidad de hacer esfuerzo por mantenerse arriba y evitar caer.

En su dimensión, el *ridículo* es por tomarse demasiado en serio. En tal condición, la persona cae, pero su rareza o extravagancia es tal que mueve a risa. En el acto no se puede evitar caer bajo la influencia de algo proveniente de la interioridad, que al final desfigura ante los demás. Tomarse demasiado en serio es carecer del sentido del humor, lo que sucede en el individuo apegado al ego, a la ilusión de un ideal, con poca objetividad respecto a la realidad. El sentido del humor, propio de las personalidades fuertes y maduras, se caracteriza ante todo por la capacidad de reírse de las propias incongruencias. El que toma la vida como juego, no cae.

El sueño es la caída del estar despierto o alerta, que de manera periódica sucede para ir a las profundidades de la mente, y recorrer por el camino de la memoria el laberinto de la vida individual. ¿Qué es más fácil, resistirse a dormir o hacer un esfuerzo por despertar y levantarse? Lo que equivale a decir caer en la inconsciencia e introducirse al mundo del ensueño o estar consciente y hacer frente a las exigencias de la realidad. Lo consciente incluye un estado de alerta con atención enfocada, siempre a punto de caer en lo inconsciente, con pérdida del tono muscular y no saber de sí. Equivale a la fantasía de desprenderse del ego, al cual hay que mantener ante los demás y para gloria de sí mismo. En la dimensión económica de la vida, hay la tentación a dejarse llevar por el lado fácil de las cosas, por la realización del menor esfuerzo, lo que implica la condición de caída, pues el individuo no ha podido sostener la posición y resistirse a aquello que llama a regirse por el rasero de lo menos. Mientras, el que realiza el esfuerzo se resiste, se mantiene en su sitio y se guía por los máximos de la existencia.



De la infancia se dice que es hermosa porque es el mundo de la fantasía y la magia, en la que todo sucede con desearlo; por otro lado, es la época en la que los padres son figuras sagradas y se les rodea de un halo de poder que da seguridad al niño, como la cueva daba seguridad al hombre primitivo. También, es la época de los demonios, que representan los anhelos que están prohibidos por la cultura, predominantemente el sexo. Así como es el tiempo del cielo donde todo es beatitud y amor, también es del infierno, en el que los deseos prohibidos al mismo tiempo fascinan y atraen sin poder sustraerse al tal llamado. Ahí se aprende a resistirse a la tentación; y en adelante, el individuo estará en riesgo de caer bajo el influjo de lo prohibido.

En la confesión se aprecia la elevación y la caída de manera cíclica, lo que es posible por el perdón, que introduce en un modo de vida caracterizado por una constante caída y la consecuente elevación. Lo que no

logra enseñar algo al humano, pues éste permanece en su condición por el instinto pervertido, el cual lo conduce a buscar la satisfacción de la pretensión que fue negada y prohibida, con la conciencia de que está mal y merece castigo. En contraposición, la ausencia de la disculpa coloca al hombre ante su propia perversión y las consecuencias de la misma. Lo que es presentado como la muerte de Judas en el origen del cristianismo, es un símbolo de lo que sucede cuando la falta no es disculpada, lo que coloca al individuo ante el problema de la propia muerte. Esto es, ante una condición que exige una transformación radical de sí, con el objetivo de arribar a la existencia auténtica.

La dinámica básica de la existencia humana es la búsqueda del sí mismo y la realización de la existencia auténtica, de acuerdo con la estructura individual, que se halla en lo profundo de la interioridad. Nietzsche lo expresaba como “llegar a ser lo que se es”, lo cual implica un gran esfuerzo. También está la tentación de la caída en el “se” impersonal o en el anonimato de las grandes mayorías. La impersonalidad del ser anónimo es el sustento de la existencia inauténtica, en la que la vida se reduce a la trivialidad del existir, el individuo se confunde con la colectividad y así se dirige hacia la medianía. En fin, la caída implica pérdida o degradación, que en la personalidad se traduce en *angustia existencial*.

El que se resiste a la caída busca mantener el control de sí mismo, se ve obligado a invertir fuerza y mantener la postura, está contenido y fatigado. El que no se resiste se halla expuesto a los vaivenes de la existencia, al flujo de la corriente de la vida, y se deja llevar por lo que sucede. Al primero, la vida le cuesta mucho esfuerzo, comparado con las satisfacciones que tiene; al segundo, quizá sus satisfacciones no tienen alto valor, pero al menos logra sentir que la vida ofrece algo que se puede obtener. Quizá por eso el primero busca la otra vida en el más allá, en el acá no logró sentir alguna retribución por su esfuerzo; mientras el segundo, en pequeña escala, logra descifrar el secreto de la existencia. ☿

Referencias

- Bally, G. (1964). *El juego como expresión de la libertad*. Ciudad de México: FCE.
Cirlot, J.E. (1979). *Diccionario de símbolos*. Barcelona: Labor.
Graves, R. (2004). *Los mitos griegos*. Madrid: Alianza.